

CUADRO SEGUNDO

Un camino en un monte medio rústico, medio urbano. Bosque de cercanía de pueblo. Al caer de la tarde

ESCENA PRIMERA

CALABAZA, en seguida PACORRA. Pasados algunos instantes en que la escena está sola, suena interior la voz del señor Simón.
Gritando

SR. SIM. (Dentro.) ¡A ella!... ¡Calabaza, acósala!... ¡Ya es mía! (Otra pausa y entra en escena Calabaza, sudoroso y rendido, apenas puede andar con sus pies descalzos. Da algunos pasos por la escena, resintiéndose del dolor, y escudriña en la maleza.)

CAL. (Al entrar.) ¡Gracias á Dios! (Ha sonado un tiro lejano.) Cuando papá cobra una pieza, se toma media hora de descanso. (Acaba por encontrar una piedra y se sienta en ella.) ¡Uf!... ¡Los pies me duelen mucho!... (Mirando en torno suyo.) Si hubiera por aquí alguna fuente... metiéndolos en agua fría se me calmaría esta fiebre tal vez... (Se levanta y da unos pasos como para buscar la fuente, entonces entra Pacorra en escena. Trae una cesta al brazo y parece radiante de alegría al encontrarse con Calabaza.)

CAL. (Sin grande extrañeza.) ¡Ah!... ¿Eres tú, Pacorra? ¿nos buscabas?

PAC A usted buscaba, señorito Calabaza... Todo

el bosque llevo andado. (Mirándole los pies.) Pero ahora que le encuentro no me pesa.

CAL.

(Receloso.) ¿Te manda mi madre?

PAC.

No, señor. De propia intención vengo.

CAL.

¿Qué te trae aquí?

PAC.

(Mostrando la cesta que lleva al brazo.) ¿A que no adivina usted lo que traigo en esta cesta?

CAL.

Yo qué sé... tus cosas.

PAC.

(saca de la cesta unas botas y sonríe agitándolas triunfalmente.)

CAL.

Parecen mis botas.

PAC.

¡Y lo son!... Ande, vamos á calzar esos pies, que da lástima de verlos así, como los pies de un Cristo-niño. (Calabaza le va á tomar las botas para calzarlas; pero ella las retira, y agachándose á sus pies, aunque Calabaza se resiste, va á calzárselas por sí misma: toma uno de sus pies con ambas manos, y con el propio delantal que lleva, se lo enjuga de los rasguños que tiene, oprimiéndolo maternalmente.)

PAC.

¡Señor, señor, si parte el alma ver así estas carnes de criatura!

CAL.

Deja, deja, que yo me calzaré.

PAC.

Quite, por Dios, quite, ¿qué trabajo cuesta? ¡Si consuela todavía! (Toma una bota y se dispone á calzársela.)

PAC.

¡Ah! Pero ahora pienso... ¿seré yo tonta?... Si con los rasguños y estas plantas ensangrentadas, las botas le oprimirán y le harán más daño todavía... Debíamos vendar los pies... (Tiene una idea.) No, espere... (Se aleja unos pasos y se agacha como si quisiera descalzarse. Repentinamente y como avergonzada, vuelve á erguirse y dice un poco confusa:) ¡Ay! pero señor, ¿qué iba á hacer yo? Como mis medias, que las hizo la abuela tomando el sol, son de estambre y blancas y esponjosas como nieve... ya ve usted... había pensado en ellas; pero, perdone el señorito... fué la buena voluntad...

CAL.

(Mientras parte en dos pedazos el pañuelo, envolviéndose con ellos los pies y calzándose, dice:) ¡Pobre Pacorra!... ¡Cuánto has de aprender en casa todavía!... ¿Que me oprimirán mis botas?... ¿no las ves? ¿No sabes que en todo atina la

previsión de mi señora madre?... Como Calabaza es delicaducho y esmirriado, no puede estrenar zapatos nuevos... ¿qué imaginabas tú?... A Javier se le hacen estas cosas, y cuando están mal para él, sale y las aprovecha Calabaza. Y ni las camisas me irritan la espalda, con el roce de lo nuevo, ni me oprimen los pies las botas que, ya ves, se abren y los dejan en libertad por todas partes...

PAC. Entonces, ¿no he hecho mal trayéndolas para que el señorito se calzara?

CAL. Has hecho bien, Pacorra; gracias.

PAC. Cuando la señora me ha dicho que podía salir de casa toda la tarde, yo he pensado... El señorito Calabaza se ha marchado descalzo al monte... y, á estas horas, deben sangrarle los pies...

CAL. (Ya calzado.) Gracias, Pacorra... Y me has traído las botas en seguida. (Calabaza se pasea como queriendo dar fin á la entrevista.)

PAC. En seguida, no... Todavía he rondado un poco por los alrededores de la casa... (Queriendo darse á entender.)

CAL. (sin darse por entendido.) Son bonitos. Y hay allí, en la misma carretera algunos árboles que se me parecen. Con el cielo lejos; con el agua lejos, descoloridos, mustios y cubiertos de polvo, como yo.

PAC. Me he quedado en los alrededores, señorito— porque maliciaba.

CAL. Mal hecho.

PAC. No, porque tenía razón, ¿sabe usted?

CAL. Peor, Pacorra.

PAC. Y voy... y cuando salgo me escondo detrás del corral... y hacia un calor... y por aquí y por allá las gallinas picoteaban de cuando en cuando el suelo y se quedaban después con el cuello tendido escuchando, como si alguien se acercara... y un bulto de hombre ha entrado en la casa y la señora lo esperaba y yo me he dicho: ¡mire si es gava de atormentar á Calabaza! Porque ese debe ser el señor que vuelve ya del monte y solo por

media hora le han armado al muchacho aquella gritería. ¡Y me he fijado un poco y me ha parecido que no era el señor... y me ha dado vergüenza que me vieran, y me he venido aquí... y aquí estoy... ¡y tengo una penal...

CAL. Yo también, Pacorra.

PAC. La señora me ha dicho que no volviera á casa hasta la noche.

CAL. A nosotros también.

PAC. ¡Pues yo... no doblaría la cabeza como usted y hablaría al señor y me volvería á casa ahora mismo, y si algo ha de pasar que pase! En mi casa no ha de pasar nada: no hay más que un remedio, Pacorra... créeme... ¡escaparse!

PAC. ¿Quiere usted venirse al pueblo, señorito Calabaza? Mire usted, los dos viejos de mi casa no habían de extrañarse. No se crea, le recogerían con cariño. Tenemos dos vacas en casa, una roja, la otra negra con un lucero blanco aquí en la frente. Pues tierras y su poquito de frutas y de huerta, no nos faltan. Hay cerca de mi casa un prado grande con una yerba así de menudita y tierna, donde las vacas se van solas á pacer, y si se tienden sobre la misma yerba á descansar ¡tienen una cara de gusto!

CAL. Si yo fuera á tu casa Pacorra, me encargaría de las vacas.

PAC. ¡Que había de encargarse usted, hombre de Dios! ¿No le digo que van solas? Usted se encargaría de beber su leche y á lo más de acariciarlas, así, pasándolas la mano por el lomo cuando están rumiando en el establo.

CAL. ¿Hay montes altos en el pueblo?

PAC. ¡Uy! como veinte de estos puestos en hilera y como cuatro ó cinco puestos uno encima de otro.

CAL. Quiero decir monte verde... monte de verdad...

PAC. Verde, verde y con muchas fuentes.

CAL. ¿Y con sitios escondidos donde uno pueda perderse?

PAC. Que sí, que sí.
 CAL. Bueno, Pacorra... si alguna vez me escapo de mi casa iré á tu pueblo.
 PAC. ¿Pa qué?
 CAL. ¡Qué sé yol... Para perderme en el monte y descansar á gusto tres días seguidos.

ESCENA II

DICHOS y SEÑOR SIMÓN

SR. SIM. (Con la escopeta en la mano.) ¿Qué haces aquí, Calabaza?
 CAL. Nada, papá.
 SR. SIM. ¿Y usted qué hace aquí?
 PAC. La señora me ha dicho que no volviera á casa hasta la noche.
 CAL. Sí, papá.
 SR. SIM. ¡La señora le ha dicho! Pero la señora no le ha dicho que viniese en busca de Calabaza á charlar y retozar con él por estos montes. ¿No le da á usted vergüenza?
 PAC. (Con honrada indignación.) ¿Vergüenza de qué, señor? He visto salir al señorito descalzo, y le he traído sus botas para que los pies no le sangraran; vergüenza debía darle á usted que es padre suyo, y lo ha sacado de casa de aquél modo.
 CAL. Disimula, papá. Pacorra no conoce las costumbres de la casa.
 PAC. Eso es, señor. No conozco las costumbres de la casa, y me dejo llevar por la ternura del alma y por la hombría de bien que llevo dentro... Y mire usted, señor, yo no sirvo para malos tratos. De ver cómo tratan los señores al señorito, me entra una pena tan grande, que me lo comería á besos. Y me haría á diario unos hartones de llorar, que detrás de él me moriría. Y además, su casa de usted no me acomoda, porque...
 CAL. ¡Pacorra!
 PAC. No se enfade el señor, que no tiene ninguna culpa.

CAL. ¡Pacorra!
 SR. SIM. ¡Déjala que hable, que de algo le remuerde la conciencia cuando tanto se defiende.
 PAC. ¡Me remuerde... sí, señor, me remuerde de haberme entretenido tanto tiempo con Calabaza y no haberle buscao á usted para decirle lo que pasa... si señor. Pues pasa...
 CAL. Pégame, papá. Pacorra iba á decirte que he querido abrazarla y que se ha entretenido á hablar conmigo para reprenderme... Eso es, papá. Nada más que eso, ¿verdad, Pacorra?
 PAC. ¡Miren el rapaz de Dios! ¡Pues no quiere cargar ahora con las culpas! (En el momento en que el señor Simón levanta la carabina para amenazar á Calabaza, que sumiso espera el castigo, interviene Pacorra diciendo violentamente y deteniendo el brazo del señor Simón.) ¡Que no señor, hombre, que no es eso! Su casa de usted no me acomoda; pero no es por Calabaza, no señor, sino por la señora, ¿sabe usted? Y yo no digo más; pero en el pueblo saben muy bien lo honrada que es Pacorra, y que no miente, y que para ciertos oficios no aprovecha. ¡Y sí que me da vergüenza, ya que usted me lo pregunta! Tanta vergüenza que me marchó. (Sale Pacorra. El señor Simón queda mucho rato en silencio. Calabaza también. Los dos están sentados. Simón descarga su carabina y vuelve á cargarla luego, mirando y remirando el nuevo cartucho que introduce.)

ESCENA III

SEÑOR SIMÓN y CALABAZA

SR. SIM. Calabaza, debíamos volver á casa ahora mismo.
 CAL. ¿Por qué, papá? ¡Es tan temprano! De seguro que mamá no nos espera hasta la noche.
 SR. SIM. ¡Pues por eso! Calabaza, esa Pacorra parece una muchacha honrada.
 CAL. Sí, papá.

- SR. SIM. (Poniéndole las manos en los hombros.) Oye, Calabaza... y tú... ¿crees que no ha mentido?
- CAL. Yo, papá...
- SR. SIM. Quiero saber... responde: ¿crees que no ha mentido?
- CAL. (Temblando y sollozando.) Creo que no, papá. Creo que no ha mentido.
- SR. SIM. (Con arranque sincero.) ¡Vamos!
- CAL. ¡Papá!
- SR. SIM. ¿Qué quieres?
- CAL. ¿No me das la carabina? Todos los días cargo con ella a la vuelta.
- SR. SIM. Pero hoy no...
- CAL. ¿Por qué, papá? Vas a fatigarte. Yo la llevaré con cuidado. Además, antes de llegar a casa me dejarás, como todos los días, disparar el último cartucho.
- SR. SIM. No, hoy no. Ya te he dicho que no.
- CAL. (Insistiendo.) ¿Por qué, papá?
- SR. SIM. Porque hoy no es como todos los días el último cartucho. (Pausa. Calabaza besa la mano a su padre.)
- CAL. Eres un hombre, papá.
- SR. SIM. (Abrazando a su hijo.) Calabaza, tú también eres un hombre. (Salen del bosque por la parte opuesta a la que ha dado entrada últimamente al señor Simón.)

MUTACION



CUADRO TERCERO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEX.

El comedor de la pequeña casita de los señores Simón. Un intermedio entre cocina rústica y comedor urbano. La chimenea recuerda un poco el hogar de las casas de pueblo. Muebles tristes y anticuados. Aire de interior, cuidado sin cariño y sin gusto. Luz crepuscular. En el fondo una puerta que da al jardín y una ventana a cada lado de la puerta. En la parte derecha otra puerta que comunica, por medio de una escalerilla que se ve, con el primer piso de la casa. En la izquierda otra puerta comunicando con la cocina y dependencias interiores.

ESCEÑA PRIMERA

SEÑOR SIMÓN y CALABAZA. Simón, intranquilo. Calabaza, con su aplomo reconquistado: un aplomo que no pierde más que en presencia de la señora Simón, su madre.

- SR. SIM. ¿Has visto algo, Calabaza?
- CAL. Nada, papá. (El señor Simón se quita la carabina, dejándola sobre la mesa del comedor.)
- SR. SIM. Pues yo he visto que alguien iba a salir por el fondo de la huerta hacia donde está la puerta de escape que da al atajo.
- CAL. No lo creas, papá; por aquella puerta no puede salir nadie.
- SR. SIM. ¿Por qué, Calabaza?
- CAL. Porque yo tengo la llave.
- SR. SIM. De modo que no hay remedio... Quieras que no, tenemos que enterarnos de todo y